

Ateneo de El Salvador

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA



LA CARITATIVA SEÑORA DOÑA MERCEDES R. DE MELENDEZ

Madre del señor Presidente de la República, ciudadano DON CARLOS MELENDEZ

Agosto de 1915

AÑO III — N. 28

25 cts.
EJEMPLAR

Revista de Ciencias, Letras y Artes
Organo del Centro del mismo nombre - San Salvador. - C. A.

25 cts.
EJEMPLAR

Sumario

1. Doña Mercedes R. de Meléndez, *por Juan Gomar*. — 2. La Vacuna en El Salvador, *por Manuel Quijano Hernández*. — 3. La independencia de Puerto Rico, *por Américo Lugo*. — 4. Tu Recuerdo, *por Alma Flor*. — 5. La Marsellesa en la Historia, *por Félix Duquesne*. — 6. La Catedral sin Torre, *por Max. Henríquez Ureña*. — 7. ¡Pobre Colegiala!, *por Adrián M. Arévalo*. — 8. A doña Mercedes Ramírez v. de Meléndez, *por Rafael García Escobar*. — 9. Carlos Meléndez, *por Cimón Barreto*. — 10. Cánón de vida, *por Sarbelio Navarrete*. — 11. La Novela, *por Juan J. Fernández*. — 12. Homenaje a doña Mercedes R. de Meléndez, *por J. Daniel Fernández*. — 13. Hombres de Honduras. Doctor don Rómulo C. Durón, *por Julián López Pineda*. — 14. El Hombre de Letras, *por Salatiel Rosales*. — 15. Tu Misa, *por Vidal Mejía*. — 16. Dos Aforismos, *por Carlos Urrutia F.* — 17. Bibliografía. — 18. Notas y Apuntes.

Socios Honorarios

Don Francisco Gavidia.
 Don J. Antonio López G.
 Dr. Alonso Reyes Guerra.
 Dr. Salvador Rodríguez G.
 Dr. Francisco Vaquero.
 Dr. Víctor Jerez.
 Dr. Santiago I. Barberena.
 Don Calixto Velado.

Socios Correspondientes del Ateneo

En El Salvador.

Dr. Federico Vides Santa Ana.
 Dr. Secundino Turcios. Santa Ana.
 Don Angel R. Fortin Santa Ana.
 Don Alfonso Espino Santa Ana.
 Don Max. Jiménez Guillén. Santa Ana.
 Don Antonio L. Berdugo. Santa Ana.
 Dr. Abraham Rivera Sonsonate.
 Don S. Cortés Durán. Sonsonate.
 Don Rubén Cardona Chalchuapa.
 Dr. Alberto Luna Santa Tecla.
 Don N. Viera Altamirano. San Miguel.
 Don Alonso A. Brito San Miguel.
 Don José Héctor Paz. San Miguel.
 Dr. David Turcios, h. Gotera.
 † Don Carlos Javier Guerrero. Zacatecoluca.
 Señorita María C. García. Santiago de María.
 Dr. Rafael B. Colindres. Santiago de María.
 Dn. Miguel Román Peña. Zacatecoluca.
 Dr. Sarbelio Navarrete. San Vicente.

Guatemala.

Licenciado José Rodríguez Cerna.
 Licenciado Francisco Contreras B.
 Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta.
 Licenciado Eduardo Aguirre Velásquez.
 Licenciado Adrián Recinos.
 Don Rafael Arévalo Martínez.

Honduras.

Licenciado Rómulo E. Durón.
 Licenciado Esteban Guardiola.
 Licenciado Luis Andrés Zúñiga.
 Dr. José Dols. Corpeño.
 Don Rafael Heliodoro Valle.
 Don Benjamin Urbizo Vega.
 Licenciado Samuel Lainez.
 Licenciado Salatiel Rosales.
 Licenciado Ricardo de J. Urrutia.
 Licenciado Julián López Pineda.
 Don Adán Canales.
 Don Abel Galicia Cáliz.
 Don Augusto C. Coello.
 Licenciado Luis Mejía Moreno.
 Licenciado Paulino Valladares.
 Don Vidal Mejía.
 Don Matias Oviedo.

Costa Rica.

Licenciado Ricardo Jiménez.
 Licenciado Cleto González Viquez.
 Licenciado José María Zeledón.
 Licenciado Luis Cruz Meza.
 Doctor Manuel Castro R.
 Licenciado Tobías Zúñiga Montúfar.
 Don Roberto VallaJares.
 Don Justo A. Facio.
 Licenciado Roberto Brenes Mesén.

Nicaragua.

Dr. Santiago Argüello H.
 Don José Olivares.
 Don Hernán Robledo.
 Doctor Antonio Medrano.
 Dr. Cimón Barreto.
 Don Juan R. Avilés.

Ateneo de El Salvador

Director.
SALVADOR TURCIOS R.

REVISTA DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES
Organo del Centro del mismo nombre

Redactores.
JOAQUIN ZALDÍVAR □ □
ALBERTO V. MONTIEL.

AÑO III

SAN SALVADOR, AGOSTO DE 1915

N. 28

DOÑA MERCEDES R. DE MELENDEZ

EN SU NATALICIO

EL 9 del corriente mes, fue el cumpleaños de la dignísima matrona con cuyo nombre encabezamos este pequeño artículo, para rendirle el homenaje a que se ha hecho acreedora por sus virtudes y bellas prendas personales.

Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que esta meritísima dama es el retrato fiel de la mujer que nos pinta el notable escritor Severo Catalina, en su precioso libro, considerándola en sus diferentes estados de hija, esposa y madre, y defendiéndola admirablemente de los injustos ataques de que siempre es víctima, pues la mujer, aunque caiga, debe levantársele para regenerarla y que llene dignamente su misión en la Tierra, pero jamás hundirla en el cieno, esclavizarla y humillarla.

Doña Mercedes, en su juventud, unió sus destinos con los de un hombre que era el crisol de la honradez y el esclavo constante del trabajo, don Rafael Meléndez, de gratísima memoria. Ambos formaron un hogar envidiable en cuyo ambiente se respiraba siempre con delicia el perfume de la virtud.

Procrearon y educaron una familia digna por mil títulos del aprecio de nuestra sociedad, que ocupa lugar sobresaliente entre las honorables familias salvadoreñas que enorgullecen el terruño tan que rido.

Esos padres modelo, consagrados al trabajo ennoblecedor, lograron reunir una considerable fortuna, un capital saneado, que no solo responde a las necesidades de la familia, sino que también ha servido a la hermosa obra de la filantropía, pues numerosos necesitados encontraron en él el socorro solicitado y suministrado con la cariñosa sonrisa que acompaña siempre al beneficio que se prodiga por las almas nobles plétóricas de altruismo.

Muchos miles de pesos han salido de las arcas de la estimable familia Meléndez, para la obra grandiosa de la sublime caridad que predicó y enalteció siempre el Dios-Hombre; y esto no es una fábula de nuestra imaginación, pues existen pruebas palpitantes de esa generosidad, de ese desprendimiento digno de encomio, que no tienen todos los poseedores de grandes riquezas, los que fomentan tristemente su

avaricia mirando y cuidando su tesoro como pedazo de su alma y ambicionando su acrecentamiento.

Entre los hijos de este matrimonio venturoso, el primero de ellos es don Carlos Meléndez, actual Presidente de la República, cuyos méritos resaltan, pues tanto en el hogar como en su vida pública, no admiten discusión y están en la conciencia pública.

Él es quien, con sus honorables padres, formó el considerable capital de la familia; él, quien contribuyó poderosamente a la educación de sus hermanas, dechado de virtudes cristianas, y de sus hermanos varones, gala de nuestra sociedad por sus bellas cualidades que los colocan en lugar prominente.

Aprovechamos el natalicio de tan estimable matrona para rendirle este cariñoso tributo de admiración a que es dignamente acreedora, acordándonos de su inolvidable consorte que dió a la Patria hijos honrados y útiles, que son queridos y estimados con justicia por la generalidad de los salvadoreños.

JUAN GOMAR.

San Salvador, agosto de 1915.

La Vacuna en El Salvador

La práctica de la vacuna en El Salvador data de fecha muy lejana; pero en sus primeros tiempos se hacía de manera empírica y eran los maestros de escuela y los secretarios de pueblos los que la practicaban, valiéndose para ello de una aguja, un cortaplumas o, caso raro, de alguna vieja lanceta mohosa y desfilada. El fluido nos venía de Francia o de Suiza, y como costaba caro y era muy difícil conseguir un tubito, a no ser que se tuviera gran influencia con el Gobierno o sus empleados departamentales, se procuraba hacer milagros con él; si el fluido se conservaba en buen estado, por obra de casualidad, pues no se tomaba ninguna precaución para conservarlo, ni se hubiera podido tenerla porque en ese tiempo no conocían nuestros paisanos el hielo y menos las máquinas para fabricarlo y los refrigeradores, y en este calor de los trópicos todo se vuelve estéril, menos la imaginación de los hombres, que vive siempre exaltada: si el fluido, pues, era ac-

tivo, a pesar de todo, se procedía a vacunar a los primeros niños que se presentaban, sin tomar en cuenta el estado de su salud ni sus antecedentes hereditarios, y estos niños servían de vacuníferos cuando las pústulas estaban maduras, según la expresión de los vacunadores improvisados de aquellos felices tiempos del Catón y la *Palmeta*. Con los mismos instrumentos ya enumerados pinchaban la pústula y el pus extraído lo inoculaban en los brazos de otros niños, que a su vez servían también de vacuníferos a su debido tiempo, procurando que el fluido no se perdiera; pero como no siempre contaban con niños dóciles resultaba que muy a menudo la cosecha se perdía cuando empezaba a dar sus frutos y la vacunación terminaba por esa vez, para volver a empezarla años más tarde, cuando otro Gobernante progresista hiciera un nuevo pedido de fluido a Europa.

La revacunación no se practicaba, quizá por que ignoraban que es ella

la que verdaderamente confiere la inmunidad contra la viruela, según lo afirman los autores franceses y uruguayos.

Como no se tenía ninguna precaución ni podía tenerse por la completa ignorancia de los vacunadores, los casos de infecciones eran muchos, y a veces tan graves que producían hasta la muerte por septicemia o flemones gangrenosos; cuando menos dejaban como recuerdo una sífilis o una tuberculosis que terminaban en más o menos tiempo con la vida de los desdichados. Como estos casos eran relativamente frecuentes engendraron el horror por la vacuna que aún conservan algunas gentes y que constituye en la actualidad un infranqueable obstáculo que paraliza las energías de los vacunadores actuales, cuando en cumplimiento de su misión recorren los más apartados caseríos y, quién lo creyera, aún en esta misma Capital y tratándose de personas de mediana ilustración. Pero, a decir verdad, quizá no fueron aquellos procedimientos primitivos los únicos que infundieron ese terror por la vacuna, sino también y de manera especial, los modernos procedimientos mal comprendidos y mal ejecutados por manos inexpertas y poco hábiles, manos de hombres sin cultura, manos burdas, que fueron las primeras que empuñaron el escarificador moderno, y, aunque sorprenda, también hubo manos de facultativos que cometieran ese crimen innecesario, pues no de otra manera puede llamársele al bárbaro procedimiento que hacían consistir en grandes incisiones en los brazos, comprendiendo todo el espesor de la piel y aún más allá, y, por consiguiente, cortando innumerables vasos que producían hemorragias abundantes aterrorizando a los pacientes pusilánimes. Estas hemorragias volvían infructuosa la vacuna porque el fluido era arrastrado por la sangre, y el resultado de tan cruento procedimiento, era por lo regular, enormes

flemones o grandes cicatrices inútiles, pues la inmunidad no se producía. Muchas defunciones se registraron en ese período a consecuencia de la vacuna; y nada más justo que el miedo que aun se le tiene, a pesar de lo inofensiva que resulta por los procedimientos que en la actualidad empleamos, consistentes en la primitiva punción jennericiana o pequeñas escarificaciones epidérmicas de un centímetro de longitud y en número de cuatro en forma crucial (vulgarmente llamada petatillo); primeramente se lava la región con agua y jabón de potasa o con alcohol naftalinado, después se deposita una gota de fluido con la extremidad del tubo en dos o tres puntos de la región externa de cada brazo y sobre esas gotas se hacen las escarificaciones, teniendo cuidado de inocular bien el fluido. De esta manera las pústulas que brotan confieren la inmunidad deseada. Las falsas vacunas resultan raras.

El primitivo procedimiento de vacunar de brazo a brazo lo he proscrito entre mis subordinados por tener gravísimos inconvenientes respecto al diagnóstico de las enfermedades infecciosas, sobre todo de la sífilis y la tuberculosis, que en ciertos casos como los de sífilis hereditaria no puede establecerse con exactitud ni con los modernos procedimientos de investigación clínica, que requieren aparatos tan complicados y costosos que solo en los grandes hospitales o en poder de eminentes médicos pueden encontrarse, porque también requieren profundos conocimientos científicos para ser manejados con provecho y con verdad; y esto, como se ve, no está al alcance de nuestros vacunadores, que por el pequeño sueldo que devengan es imposible que puedan pertenecer a la más alta gerarquía científica, aunque he procurado hacer una verdadera selección, contando en la actualidad con empleados competentes en su esfera de acción. No pudiendo, pues, dis-

poner de todos los elementos necesarios ni del tiempo que tales exámenes requieren, he optado por la vacunación de brazo a brazo, y la estadística actual no registra ni un solo caso de inoculación de enfermedades infecciosas. Esto es hacer ya mucho en bien de la humanidad y no otra cosa podría esperarse y debe exigirse de nosotros en este siglo en que las ciencias han llegado a cimas deslumbradoras, con descubrimientos tan maravillosos que parecen obra de magia.

La vacuna contra la viruela que fue la primera que se descubrió, gracias al gran talento observador del insigne médico inglés Jenner, y quizá la única que ha logrado consolidar su solio y ensanchar sus dominios por casi todo el mundo, vino a la América Latina a principios del siglo XIX y tubo un insigne propagador, pues según refiere la Historia, fue Andres Bello el encargado para difundirla en la América del Sur, en el año de 1804; no se pudo escoger hombre de más valía para hacer a la humanidad de aquende los mares un beneficio de tan alta importancia como este. La vacuna fue traída a Guatemala el año de 1812 y a El Salvador el año de 1829, habiendo sido el primer portador del fluido de aquella República a ésta el señor don Simón Vides, quien fue exprofesamente llevado a Guatemala para que lo vacunaran y a su regreso se prestó con muy buena voluntad para servir de vacunífero. De esta fecha data, pues, la primera inoculación del fluido vacuno en el país, según lo afirma el doctor Tomás G. Palomo en una conferencia que sobre la vacunación dió en la Academia de C. C. y B. B. L. L. el 28 de marzo de 1889. Por el año de 1887 se tiene noticia de que el Dr. Alberto Luna descubrió los primeros casos de *Cow-Pox* en las terneras y tomando fluido directamente de ellas vacunaba a las personas que para ello se prestaban. Desde los albores del siglo pasado, empezó la

lucha científica contra uno de los azotes más crueles que han afligido a la raza humana desde tiempos inmemoriales, y la poderosa acción de la vacuna contra el agente morbífico de la viruela se ha hecho sentir cada día más vigorosa a medida que el número de vacunados ha ido creciendo. La observación nos ha demostrado que las epidemias de viruela que aparecieron en Centro-América a raíz de la guerra de los filibusteros, el año de 1857, fueron desastrosas, habiendo causado innumerables víctimas; menos fueron las defunciones en las de 1884 y 1885, y mucho menos aún en las que acaban de pasar: es bastante consolador para nosotros que en un país como el nuestro que tiene ya cerca de millón y medio de habitantes, en más de diez focos de viruela confluyente como hubo el año próximo pasado, no llegó el total de atacados a trescientos y las defunciones no subieron a 20. En este año ha habido nueve focos de viruela confluyente diseminados por toda la República, cada uno de ellos de uno, dos o tres enfermos a lo más y en la actualidad hay un solo enfermo en descamación, (1) abrigando la esperanza de que dentro de pocos años no volveremos a registrar un solo caso de viruela en El Salvador, sino encontramos ningún tropiezo en la realización de nuestros ideales y más que todo si siempre encontramos como ahora el apoyo eficaz de las autoridades supremas para sostenernos en la lucha y el de las autoridades inferiores para ayudarnos.

A propósito de esto es de lamentar que algunas municipalidades, juzgando el asunto con un criterio sumamente estrecho y por librarse de pagar una miserable cuota para el escaso sueldo del vacunador departamental, desconozcan la inmen-

(1) Nota.—Actualmente no hay ningún caso, pues el que estaba en descamación cuando escribí este artículo, ya está curado.

sa utilidad de la vacunación permanente, elevando solicitudes al Ministerio de Gobernación a fin de eximirse del referido pago; y más sorprendente es todavía la falta absoluta de verdadero criterio de que dan muestra algunos Gobernadores que apoyan incondicionalmente esas solicitudes y expresan, sin el más leve indicio de patriotismo, su opinión de que los vacunadores son innecesarios cuando no hay epidemia

mos los que van naciendo diariamente y los que han perdido su inmunidad por el transcurso del tiempo. A pesar de la constante labor que se verifica en todo el país desde hace más de año y medio que está a mi cargo la Dirección General de Vacunación, no hemos podido vacunar más que ciento cincuenta mil individuos próximamente, y es bastante trabajar; pero de estos hay que descontar cincuenta mil fra-



El Salvador. — Paso de El Zapote en el río Lempa

en un lugar. Ya podrá imaginarse el lector que fuera de nosotros a esta hora si hubiera privado siempre tan erróneo criterio; si porque no hay en la actualidad ni un caso de viruela en el país nos cruzáramos de brazos esperando a que aparezcan los primeros variolosos para empezar a vacunar, como si se tratara de un medicamento curativo, o como si se contara con la benevolencia de la más cruel quizá de las enfermedades para pedirle una prórroga, un armisticio, que nos permitiera vacunar en ocho días a todas las personas que no lo estuvieran, que son aún centenares de miles, máxime si conta-

casos por diferentes causas, quedando efectivamente inmunizados contra la viruela apenas cien mil personas, que, tomando en cuenta el millón y medio que hay en la República, por muchos que sean los vacunados en épocas anteriores cuando el servicio de vacunación no estaba organizado como en la actualidad, y agregando los que nacen cada año y los que pierden la inmunidad, nos queda mucho que trabajar para poder decir que en el país no hay más personas sin vacunar que las que no han nacido, que es el supremo ideal a que pienso llegar en no lejano día, sino se me ponen obstáculos en mi

camino. Solo entonces podremos reírnos del terrible monstruo que tantas veces ha pasado por el terruño dejando en pos de sí una huella indeleble de liciados, seres infelices, en algunos de los cuales se apagó para siempre la hermosa luz del día y hoy recorren las calles o se sitúan en los lugares públicos implorando la conmiseración de sus semejantes; otras que fueron antes modelos acabados de belleza y que acariciaban en sus almas un lisonjero porvenir, la despiadada enfermedad dejó convertidas en verdaderos espantajos donde no puede albergarse más ideal que el de arrojar cuanto antes a la huesa la horrible cárcel que aprisiona su desfallecido espíritu. Todas estas horribles secuelas, que no deja ninguna otra enfermedad, afectan de lleno al Estado, pues esos seres que antes ponían todas sus energías al servicio de la producción de la riqueza nacional, hoy son una carga pesada que solo por caridad se les permite vivir, porque no pueden más que consumir lo que otros tan penosamente producen.

.....

.....

Todos sabemos que la manera de obrar de la vacuna es produciendo en el organismo inoculado el fenómeno llamado inmunidad y que consiste en que un producto microbiano, en determinadas circunstancias, confiere a las células del nuevo organismo en el cual se inocular cierta propiedad especial que las vuelve más resistentes o más bien refractarias a la inoculación de ese mismo agente biológico u otro afine cuando por cualquier motivo ese agente se vuelve a poner en contacto con el organismo antes inoculado; pero esta propiedad, contraria en un todo a la anafilaxia, no se realiza siempre de manera matemática, sino que puede ser modificada por innumerables causas, a veces tan obscu-

ras que escapan a nuestra penetración científica. La Química Biológica ha hecho en nuestros tiempos admirables progresos y ya casi todos los fenómenos vitales tienen su explicación científica: la lucha entre los microorganismos y las células orgánicas, las fuerzas de atracción y repulsión llamadas quimiotaxia positiva o negativa que ponen en contacto estos elementos o los aleja, los anticuerpos, sesibilizantes, precipitinas, aglutininas, toxinas, antitoxinas, hemoconias etc, son otras tantas lentes misteriosas a través de las cuales el ojo avizor del médico contempla los extraños fenómenos que se realizan en el antes ignoto y aun complicado y no bien conocido universo del organismo humano. A pesar de ese obstinado misterio el hombre hace esfuerzos supremos para llegar a la cima. El rodar de los siglos quizá descorrerá el velo, aunque temo que el descubrimiento de cada nueva verdad pondrá de manifiesto otro misterio cada vez más insondable: ¡tal es de infinita la sabiduría!

Todos los autores afirman que un individuo que ha padecido de viruela confluyente, queda inmune contra la viruela y contra la vacuna para toda su vida, pero esta afirmación es desmentida muy a menudo. La observación nos demuestra que en algunos casos la inmunidad no existe ni para la viruela ni para la vacuna o por lo menos que se pierde muy luego o no llegó a la inmunidad completa, como se verá en los siguientes casos. El doctor I. don José Antonio Menéndez observó en el pueblo de Rosario de Mora, en el mes de mayo próximo pasado, tres casos de inmunidad perdida en tiempos más o menos largos; se trata de personas que padecieron de viruela confluyente en la infancia cuyas huellas conservan indelebles, y que él vacunó por complacencia, pues no creía que se les levantara la vacuna, fundándose en lo anterior-

mente expuesto, y sin embargo, las pústulas crecieron muy hermosas. Dichas personas tienen en la actualidad 47, 58 y 26 años, y, como la viruela les atacó a la edad de 4, 10 y 12 años, respectivamente, resulta un intervalo entre la viruela y la vacuna de 43 años para el primero, de 48 para el segundo y de 14 apenas para el tercero; en este último, por lo reciente de la enfermedad, choca más la falta de inmunidad. Otro individuo vacunado hace dos años con muy buen éxito fué vuelto a vacunar por el mismo señor Menéndez con iguales resultados que los anteriores. En estos casos hay inmunidad incompleta o insuficiente. También se registran algunos casos de viruela confluyente en personas que pocos años antes habían padecido de viruela discreta, sin que pueda alegarse error de diagnóstico, pues las pústulas llegaron a la supuración. Quizá el terreno, las predisposiciones individuales o alguna causa desconocida aún han intervenido en estos casos para que ni la viruela ni la vacuna hayan producido la inmunidad que era de esperarse, de acuerdo con lo que preconiza la ciencia y la observación de muchas epidemias nos ha demostrado.

La herencia juega un papel importantísimo en la inmunidad y así

vemos que si a una mujer embarazada le da la viruela o se la vacuna quince días o más antes del parto, el niño nace inmune contra la viruela y la vacuna. Nosotros hemos tratado de vacunar en vano a niños nacidos en estas circunstancias, repitiendo la vacunación cuatro o más veces y siempre sin ningún resultado, lo que prueba la herencia de la inmunidad o más bien la trasmisión placentaria.

.

De todo lo expuesto se deduce que solo vacunando permanentemente podremos llegar dentro de varios años a inmunizar a casi todos los habitantes de la República y que solamente cuando hayamos realizado esto estaremos blindados contra la viruela, que como bien dice un articulista uruguayo y antes lo habíamos expresado nosotros, es una vergüenza que ataque en un país civilizado.

¡¡El único medio de combatir la viruela es la vacuna, y la revacuna y solo esta última asegura la inmunidad!!

MANUEL QUIJANO HERNANDEZ.
Director General de Vacunación

San Salvador, agosto de 1915.

4

La Independencia de Puerto Rico

El primer paso hacia la Confederación Antillana es la independencia de los pueblos que deben formarla. El primer paso hacia la independencia lo dió la parte francesa de la isla de Santo Domingo. Haití, la vencedora de Napoleón y de sí misma; la que de todas las nacionalidades del Nuevo Mundo nació a la vida con más pujanza y gallardía; la que aun hoy, empo-

brecida y desangrada por la lucha de su organización constitucional, muestra una energía vital tan poderosa y un instinto de conservación tan admirable, que la colocan en prominente lugar entre las hijas de América y la hacen digna de amor y de respeto, salvo para los Estados Unidos de América cuya codicia nada ama ni respeta; Haití, la cuna de Toussaint L' Ouverture,

el primer hombre de estado que ha producido esta isla; de Petion, gran repúblico cuyo nombre figura en el cuadro de honor de los independizadores americanos, y de muchas otras figuras continentales, tendrá un día la gloria de haber dado el paso inicial hacia la Confederación Antillana, no sólo por haber proclamado su independencia antes que las demás, sino por haber buscado siquiera en fórmulas jurídicas tan falsas como inciertas, la unión con la República Dominicana, unión que ha de constituir el primer paso natural, el obligado núcleo y eslabón de esa cadena de naciones que está forjando el tiempo en el yunque de la geografía física.

El segundo paso hacia la Confederación Antillana fué la independencia de la segunda porción de esta isla, acto iniciado noblemente por Núñez de Cáceres y realizado después por Francisco del Rosario Sánchez, en cuya cuna y sepulcro nace y se pone, día por día, el sol de Febrero.

El tercer paso hacia la Confederación Antillana ha sido dado por la ayer infortunada y hoy felice Cuba que produjo a José Martí, el último héroe, el último apóstol, el último tribuno, el último escritor, el último libertador de América. Todo denuncia en Martí al hijo de Bolívar: el golpe inmortal del corazón, que aun resuena, haciendo estremecer el continente, como en los troyanos campos el terrible son del escudo de Ajax; la mente, de mar y de monte, a un tiempo mismo, dilatada y profunda, insondable y rugiente, con soberbias y encrespadas olas de ideas, que inundan y se tragan los imperios, y a la vez alta y serena, atalaya de la libertad de un pueblo, que yergue sobre las nubes la cabeza para requerir, en comunicación directa con el cielo, secretos de bien y de salud para la tierra; la voluntad de corcel, impetuosa y ligera que como el carro de Iris, antes ejecuta que emprende y vue-

la y casi se adelanta sobre el hecho consumado; el don profético, en fin, que rompe lo porvenir con infalible mirada y arranca a los dioses la palabra de verdad y de justicia a cuyo conjuro mágico se ha de abrir la boca del destino.

En este instante, instante sagrado cuya fecha la recogerá la gratitud del polvo del olvido para el libro siempre futuro de la historia y de la gloria, se inicia el cuarto paso hacia la Confederación Antillana con la venida a Santo Domingo del distinguido estadista y orador portorriqueño Don José de Diego, que ha empuñado, con gallardo ademán, el lábaro de redención que a la muerte del mártir de Dos Ríos cayó entre las garras secuestradoras e inglorias del águila Norte Americana.

Puerto Rico tenía derecho a la independencia igual que Cuba, y el yanqui al sorprender alevosamente al herido pero inmortal león ibero, y desencadenarla del yugo español, la encadenó de nuevo, como en una purísima virgen indefensa hace presa y botín de guerra un pirata desalmado.

Por tal suerte, Washington se desjustó y deshonoró, borrando con una infamia la página de luz que se veía obligada a escribir transitoriamente en el cielo de Cuba donde sí brilló una estrella fué para iluminar mejor a los ojos del mundo, el espectáculo eternamente oprobioso de una mano infausta y prepotente ahogando a una nacionalidad en su cuna.

La vecina antilla tenía derecho a la independencia, repito, igual que Cuba y Santo Domingo, porque su cultura le garantizaba el tesoro de republicanismo necesario para dirigir por sí misma sus destinos, con tales probabilidades de buen éxito como cualquiera de los primitivos estados de la Unión Americana en la época de su separación de la metrópoli.

La única línea de conducta de parte de los Estados Unidos de A-

mérica, digna del aplauso del mundo civilizado y de la historia, habría sido reunir estas tres antillas en el momento supremo de reconocer su absoluta independencia, y exhortarlas a constituirse en confederación antillana, tal como ellos mismos se enlazaron en la forma que tuvieron por más práctica para constituirse, defenderse, crecer y prosperar.

Lo que la independencia de Puerto Rico habría significado entonces, pesará siempre como la losa de un sepulcro sobre la conciencia de la Unión Americana. Habría significado la formación de una República grande y fuerte sobre la base incommovible de la geografía y de la historia, la salvación de cuatro pueblos que inútilmente buscan separados su verdadero bienestar y su destino racional, y la justificación, por otra parte, de la terrible doctrina en cuyo nombre los Estados Europeos han sido temporalmente excluidos del festín de América, festín en el cual un solo buitrc, el buitrc americano, sacia ahora su hambre inextinguible de ventajas, protectorados y colonias.

Grande fué el abuso cometido por los Estados Unidos de América y gravísimo el daño causado a las Grandes Antillas y a toda la América Hispana con el sojuzgamiento de Puerto Rico. Nada ganaría ésta con ser admitida, como Estado de la Unión; porque ¿qué fusión ni armonía pueden existir entre los pueblos, que no se funden en la

geografía, en la raza y en la historia?

La actual condición de Puerto Rico es lamentable. Cierco que la cifra de su producción material ha aumentado a pesar del sistema imperante de explotación monopolizadora. Pero sus costumbres y tradiciones, sus aspiraciones e ideales, su idioma, su alma; todo cuanto forma y constituye la cifra de su producción espiritual, ha disminuido. Pueblo moralmente en ruina, contempla en lo pasado, suspira por lo porvenir, se aferra apasionadamente a los girones de personalidad propia que le quedan y cultiva silenciosamente la virtud nativa de la independencia bajo la librea del colono.

Don José de Diego, nuestro futuro huésped, en su aspiración a la independencia, encarna el ideal del pueblo portorriqueño: la voz de ese tribuno, clamando desde la gloriosa cuna del Nuevo Continente en pro de los hollados fueros de la infeliz Borinquen, repercutirá en la conciencia universal y forjará las armas de combate para la libertad política de esta última porción irredenta de patria antillana, cuya independencia es el elemento indispensable de la futura Confederación de las Indias.

AMÉRICO LUGO.
(Socio Correspondiente)

Santo Domingo. — 1915.

Tu Recuerdo

Cuando el velo
de la noche se despliega lentamente
y se esfuman del oriente
los plumajes blancos, grises, color rosa
que las nubes caprichosas
en sus formas imitaron cuando el cielo
con tristeza incomparable
ve apagarse la luz pura

en los ojos de la tarde,
 y las aves
 aleteando
 muy pausadas y muy suaves,
 van en busca de sus nidos;
 y las garzas y palomas
 ostentando
 su blancura
 asemejan en sus vuelos
 copos niveos
 que en la atmósfera tranquila con la brisa juguetearan
 o pañuelos
 que en el aire incesantes se agitaran. . .
 En esa hora, hora solemne,
 en que tiemblan los luceros
 y que tímidos y lentos van enviando sus destellos
 de luz tenue
 que se quiebra por lo frágil
 en la gota
 de rocío que una rosa
 conservó dentro su cáliz;
 y un meteoro
 desprendido de la comba de los cielos, cuando estalla
 llueve chispas, cual si fueran polen de oro. . .
 En esa hora en que a la playa
 a morir en su desmayo van las olas
 al compás del plañidero són del agua
 esmeralda
 del oceano . . . , alguien llama,
 alguien llama suavemente,
 con sigilio, quedo, quedo a las puertas de mi alma.
 Se descalza sus sandalias, se descubre reverente,
 y mi alma, adormida
 en la noche tenebrosa y dolorida
 de tu ausencia, se despierta. . .
 Todo calla . . .
 sólo alumbra
 una incierta
 nacarada luz de luna la fantástica penumbra. . .
 Y penetra tu recuerdo a lo ignoto de mi mente
 y al colmarla de agradables impresiones
 la enloquecen mil visiones. . .
 En coloquios amorosos
 tu recuerdo y mi alma se extansian
 y gozosos
 siempre unidos por los lazos
 de su amor, todo pureza,
 y olvidando del pasado la tristeza
 y olvidando de su sino los martirios
 en las alas del delirio
 se remontan a las cimas de inquietantes fantasias. . .
 En mis ansias unas veces
 yo te veo
 que te acercas ya con ímpetus ardientes
 de estrecharme entre tus brazos,
 mas tu imagen, ilusoria, de repente
 desaparece.
 Anhelante yo te busco entre el paraje
 y no creo
 que me dejas,
 y a mi labio que te nombra
 dan respuesta el crujido de las hojas y las quejas
 lastimosas de la brisa que susurra entre el ramaje.
 Entre tanto
 de la hora vespertina la luz huye
 con presura, y las negras cabelleras de las sombras
 van tendiéndose cual manto;

sólo fluyen
 una a una
 más visibles y brillantes
 con la luna
 las estrellas titilantes . . .
 Así pasan . . .
 así pasan siempre lentas y, enfermizas
 esas horas de la tarde a la par que tu recuerdo,
 y mi vida se eterniza,
 y mi vida se eterniza entre angustias y sonrisas
 cuando pienso que te pierdo,
 cuando creo que tus brazos con los míos se entrelazan
 y . . . es mentira! . . .

ALMA FLOR.

La Marsellesa en la Historia

Cuando el Capitán Rouget de Lisle compuso en 1792 la música y las palabras de La Marsellesa, no pensaba que ese canto sublime, concebido en una noche de fiebre, hubiera de darle la vuelta al mundo hasta convertirse en el himno de la libertad. En la guerra los acentos de La Marsellesa eran simultáneos con el eco del cañon. En los tiempos de paz se la olvidaba a medias; pero tan pronto como el peligro hacía estremecer a la patria, los acentos del canto guerrero resonaban más juveniles y ardientes que nunca.

La Restauración la prohibió. Luis Felipe la temía, y la temía también Napoleón III; pero en la revolución de 1848 no se hizo otra cosa que cantarla, y lo mismo sucedió en 1870, después de la declaración de la guerra.

Para la actual época de epopeyas increíbles no se puede imaginar canto mejor. En todas partes la escuchamos, incansablemente. Creo que debiera cantarse por obligación en todos los teatros y en todas las representaciones.

Nadie ignora el prestigio con que la voz y la actitud soberbia de Marta Chenal ha llenado el canto nacional en la Opera Cómica. En la Comedia Francesa, lugar que no

es accesible a la música, Mounet Sully la recita con éxito inmenso. Para ello existe un precedente: el de Rachel. La gran Rachel cantó La Marsellesa en la Comedia Francesa, hace más de medio siglo, en 1848, al estallar la revolución. «Cantó» no es la palabra. Rachel era incapaz de cantar; su voz era débil y desentonada, cosa frecuente en los grandes actores trágicos. El arte de cantar y el de recitar son distintos y obedecen a reglas diferentes. Rachel no cantó La Marsellesa. Hizo algo mejor: la recitó acompañada por una melopea ejecutada por la orquesta en pianísimo. El efecto fué prodigioso. Es preciso reconocer que la secundaba el genio del director de orquesta de aquella época, que no era otro que Offenbach.

¿Cómo le vino a Rachel la idea de llevar a cabo ese *tour de force*? Me esforzaré en referirlo.

Después de la revolución de febrero de 1848 se cantaba, como ahora, La Marsellesa en todas partes. El público la pedía a gritos y las orquestas la ejecutaban, despertando en todo el mundo entusiasmo frenético. En los teatros de drama o de comedia el primer actor entonaba el himno, y el público le hacía coro sin necesidad de acompañamiento musical. El famoso Brindet,

intérprete de las obras de Musset, subía al escenario en traje de guardia civil y entonaba el himno guerrero.

Una noche Rachel quiso permanecer en el teatro, hasta después de terminada la función para oír a Brindet y comprendió todo el partido que se podía sacar de La Marsellesa, aun mediocrementemente interpretada. Pocos días después, habiendo terminado la representación de *Horacio*, Rachel se dirigió al director de la Comedia, que era entonces Lockroy, padre del célebre político y literato Eduardo Lockroy, y le dijo:

—¿Sabes querido Lockroy? Tengo deseos locos de cantar La Marsellesa.

—¿En dónde?

—Pues aquí, en la comedia, en la escena.

—Tú cantar? qué idea! ¿Estás loca?

—Pues has de saber que lo haré.

—¿De modo que sabes cantar?

—No tengo la menor idea, tú lo sabes; pero se me ha ocurrido algo espléndido. Recitaré La Marsellesa en melopea y haré que la orquesta me acompañe en sordina llevando el ritmo y sosteniendo mi voz. Verás qué efecto lograré. Conozco a un famoso director de orquesta, judío como yo, que sabrá comprenderme. Verás, verás!

—¿Y cuándo pretendes hacer esa locura?

—Esta noche misma. Después de la función vendrás a cenar conmigo. Tendremos un pianista para ensayar. ¿Vendrás?

—Convenido.

Terminada la función, los convidados se reunieron en casa de Rachel. Allí estaban Arsenio Houssay y Alfredo de Musset. Lockroy, que conocía el secreto, fué el primero en llegar.

Los espectadores se colocaron cerca del piano. Rachel que se había retardado momentáneamente, volvió vestida con una túnica blanca, peinada a la griega, y llevando en la mano el tricolor nacional. El pianista tocó los primeros acordes de

la marcha guerrera. Rachel entonó el himno con su voz cálida, dando acento extraordinario a cada palabra, haciendo resaltar los versos, unas veces con angustia y otras con cólera terrible.

Hubo entre los invitados un momento de dolorosa emoción cuando la trágica, avanzando en actitud sublime, exclamó: *Aux armes, citoyens*. Su poder de emoción fué tan grande y tan intensa la fuerza de su gesto, que la voz llegaba hasta el fondo de los corazones. Cuando terminó todos estaban de pie.

—Y bien, querido imbécil — le dijo a Lockroy — estás satisfecho? ¿Te convences?

—Para no convencerse sería preciso no tener nada aquí, replicó Lockroy tocándose el corazón.

—Ya ves que es posible cantar La Marsellesa sin saber cantar. Vamos a cenar, y tú, Musset, encárgate de partir el pollo.

Cuando Rachel estaba de buen humor era una dueña de casa admirable. La reunión se prolongó hasta las cuatro de la mañana. Los invitados se citaron nuevamente en la Comedia para la noche en que Rachel recitara La Marsellesa.

Tres días después se anunció en todos los diarios y en todas las esquinas que Mlle. Rachel cantaría La Marsellesa en el Teatro Francés. El éxito fué inmenso. El público lloraba de emoción, rugía, acompañaba en coro la voz de la artista. Todo París se precipitó al teatro para vibrar^o patrióticamente con los acordes del himno nacional. La representación que precedía a la aparición de la artista parecía interminable.

Tal es el relato auténtico de la manera como Rachel cantaba La Marsellesa. Lockroy mismo me lo refirió hace más de cuarenta años.

El buen éxito de La Marsellesa no es menor ahora que antes. Y ahora, como entonces, será nuestro canto triunfal.

FÉLIX DUQUESNE.

La Catedral sin Torre

DEL LIBRO "ANFORAS"

La Catedral de Santo Domingo, la más antigua de América, quedó sin torre por vicisitudes de la época de su construcción. Hoy, transcurridos cuatro siglos, se pretende agregarle una torre.

I

Fué en los tiempos heroicos de la audaz aventura....
La genial ignorancia de Cristóbal Colón
le arrastró a cometer la divina locura
de regalar un mundo a la ibera nación.

Más también a la Iglesia; que los conquistadores
trajeron, con su hazaña, la cultura y la fe
católicos, y para expiar culpas y errores,
pusieron una ermita donde quiera que el pie.

De tal suerte, en Quisqueya, en la isla llamada
por Colón, HISPANIOLA, levantaron un templo
las huestes laboriosas de invasores. ¡Colmada
fué su misión católica con tal piadoso ejemplo!

Fue una obra soberbia, aquella Catedral
que hicieron para orgullo de la Ciudad Primada.
Mas ¡ah! magüer su empeño, no vieron terminada
la torre que soñaron orgullosa y triunfal.

Y tal quedó la torre, trunca, cuando la ibérica
gente, volvió la espalda a la virgen región,
dejando también trunca en la joven América
su labor imperfecta de civilización.

II

En piedra dura y fuerte, de la antigua cantera,
con su macizo aspecto de reliquia ancestral,
entre almenas gloriosas, impasible y severa,
al beso de los siglos se alza la Catedral.

En las claras mañanas, por los altos vitrales,
convertido en diluvio de colores el sol,
entra, corre, difúndese y enciende, cual murales
dibujos, sus hogueras de oro y de arbol.

En las naves austeras, cuando el órgano estalla
en preludios solemnes, repercute un clamor
impetuoso, terrible, un clamor de batalla,
y el templo se estremece en soberbio temblor.

Las columnas sacúdense mientras recio retumba
el trueno fragoroso: tal dijérase que
los rudos invasores se yerguen en su tumba
para imponer de nuevo su bandera y su fe.

Dijérase que el alma de las viejas legiones
que trajeron unidos el puñal y la cruz,
despierta, entre el tumulto de las imploraciones,
transfigurada en ondas de sonido y de luz.

La Catedral es símbolo de la audaz aventura.
Heroico propugnáculo, más que altar, es su altar.
!Del coloniaje extinto es la imagen segura,
y trunca ante los siglos por siempre ha de quedar!

MAX. HENRIQUEZ UREÑA.
(Socio Correspondiente)

Habana.

¡Pobre Colegiala!

(Para el "Ateneo de El Salvador")

I

«Tan desierto quedó el colegio al terminar las tareas escolares del año de... que semejaba un árbol sin hojas, un jardín sin flores y un cielo sin estrellas; en su recinto no se escuchaba como en otro tiempo, la alegre gritería de las colegialas, cuyas argentinas voces, al resonar en los salones de estudio, formaban un concierto con sus aires sonoros, capaz de conmover el corazón más frío.

Todas mis queridas compañeras, una vez concluidos sus exámenes, habían volado cual bandada de alegres golondrinas, en busca de las caricias del hogar paterno.

Yo esperaba impaciente, en casa de mi madrina Rosa, encargada por mi madre para cuidar de mis caprichos de colegiala, que vinieran por mí para conducirme a los sitios queridos, donde sin sentir la punzante espina del dolor, pasé mi infancia placentera.

Una tarde calmaron mi ansiedad unos fuertes aldabonazos, dados en el zaguán de la casa. ¡Ah, bendito sea Dios! — dije — al fin vienen! y corrí a abrir la puerta; efectivamente, era mi hermano Andrés en compañía de un mozo, que venían a llevarme.

A la mañana siguiente partí con el corazón lleno de gozo...

Dos días llevábamos de marcha por senderos floridos y pintorescos paisajes, cuando apareció a mis ojos la azulada cúspide del volcán de mi pueblo natal; tan bello panorama hizo estremecer mi corazón con alegría inmensa y mi alma voló entusiasmada a posarse tranquila en la murmurante y grandiosa arboleda de que se revestía la gigantesca mole de mi querido pueblo.

Al declinar el sol del tercer día, sentí que en los pliegues de la brisa que oreaba mi frente, venía el suave aroma de las flores cultivadas por mí en otro tiempo y después guardadas cuidadosamente por mi madre.

A los cuatro días de marcha y a esa hora en que los rayos solares brillan con todo su esplendor en las crestas de las elevadas montañas, caí desfallecida de filial amor en los brazos de mi adorada madre.

Desde ese instante todo fue febril animación y desbordante gozo en el hogar, pues mi madre decía que yo había llegado a embellecerlo todo.

Horas de dicha, felices y tranquilas, vinieron presurosas con su

indecible encanto a hacer más poética mi estancia en mi bendito hogar, a la vez que hacían deslizarse mi bella juventud por una senda de rosas perfumadas, que en mi inocente delirio creí que nunca se marchitarían.

Nada turba entonces la quietud de mi alma que se bañaba en los diminutos lagos formados por el

palpitante y, casi sin aliento, me reclinaba en rústico banco bajo los verdes *mirtos* que decoraban el jardín de mi casa.

Una vez soñé, estando reclinada bajo los verdes *mirtos*. . . ¡Ah, que sueño tan delicioso fue aquel! Soñé que unos ángeles de cabello rubio y de rosada tez, me paseaban por un collado de lilas azules so-



ADRIAN M. AREVALO

rocío del cielo en el cáliz de las flores. . .

Mas hoy, a esta mi pobre alma la azotan los encontrados huracanes de la vida, huracanes que semejan las fatídicas ondas del Mar Muerto!

En mi juvenil locura y a la luz de la luna brilladora, danzaba alegremente al compás de una música que llegaba a mis oídos y cuyas suaves notas parecían salir de instrumentos de marfil y rosa, entonadas por músicos invisibles y aéreos!

La embriagadora danza me dejaba la frente sudorosa y el corazón

bre una nube blanca, entonando cantares tan suaves como el suspiro de una virgen. . . Los ángeles eran los hermanos de mi alma dichosa, en aquella edad feliz que no tardó si no lo que tarda un crepúsculo.

¡Oh, arcanos de la vida, quién pudiera sondearos! ¡Oh, si yo hubiera podido leer entonces los misterios que se ocultan tras el velo del mañana!

Hoy el dolor ha marchitado mi semblante, dejando en él surcos dolorosos por los cuales resbalan las lágrimas silenciosas y amargas

que me arranca el recuerdo del tiempo para siempre ido.

II

Un mes después de mi llegada a mi nativo suelo, hizo tres años que la Parca despiadada cortó el hilo de la existencia de mi padre. ¡Ah, si él hubiera existido, tal vez la aurora de mi vida no se hubiera oscurecido tan pronto!

Si la vida de mi padre no se hubiera extinguido, estoy segura de que la mía no sería hoy un funesto tejido de infortunios, pero que Dios mediante, los sufro resignada.

Entre las personas que frecuentaban nuestra casa en vida de mi padre, se encontraba un acaudalado agricultor, que poseía inmensos terrenos cultivados con caña de azúcar, cuyas cosechas le proporcionaban cuando menos mil quintales de rico mascabado.

Este hombre, a quien llamaban don Serapio, además de dedicarse a la agricultura, prestaba dinero, (por favorecer a los pobres, como él decía) *al módico interés de un veinte por ciento mensual*, lo que, con el tiempo, dió por resultado la miseria de muchos hijos del pueblo y la escandalosa opulencia de don Serapio, ya que muchas pequeñas fincas habían caído en sus garras, hasta el grado de llegar a ser dueño de todas las fértiles llanuras que circundaban la población, repartidas antes en diferentes dueños y ahora en poder del *magnánimo* don Serapio.

En cierta ocasión, se encontraba mi padre en circunstancias no alarmantes pues disponía de propiedades libres de todo gravamen, pero no teniendo a la mano una pequeña suma que le faltaba para cubrir los gastos de sus cosechas de añil, ocurrió a don Serapio en demanda de lo que necesitaba, to-

mando en cuenta el desinterés con que se le había ofrecido siempre.

Mi padre no salió desairado en su demanda, pues don Serapio le dió lo que necesitaba, ofreciéndole mucho más.

Así las cosas, cayó mi padre en cama con una fiebre fulminante cuyo desenlace fatal, fue su eterna desaparición de la escena de la vida.

Después de este lamentable suceso, quiso mi madre arreglar el crédito de mi padre con don Serapio, pero éste se negó a ello diciéndole que no tuviera cuidado por aquella miserable suma, que ni aun se acordaba de ella, y que por consiguiente no molestara la memoria de mi padre por tal pequeñez.

¡La mala fe del malvado usure-ro contrastaba cruelmente con la candidez de mi madre!

Como he dicho antes, un mes después de mi llegada del colegio, cumplió tres años de muerto mi inolvidable padre. En ese mismo día, con gran sorpresa nuestra, se presentaron en mi casa el juez y su secretario a proceder al embargo de los pocos bienes de que mi madre disponía, para hacer efectivo el pago de un crédito que a la defunción de mi padre, quedó debiendo al señor don Serapio Cansura, según dijeron los dos *letrados*, más *los intereses módicos del veinte por ciento mensual*, devengados durante tres años y seis meses.

En vano mi madre protestó contra aquel acto que nos reducía a la más espantosa miseria; en aquella situación angustiosa habló con don Serapio para que moderara sus pretensiones, pero aquel hombre corazón de cieno, contestó a mi madre con el mayor cinismo:

— Señora, el capital, si se quiere, es una bagatela con relación a los intereses devengados durante tres años y seis meses, y como usted sabe muy bien que lo que se debe se paga, fácilmente comprenderá que yo no

puedo perder lo que con mi sudor y trabajo he adquirido.

Cuando mi madre llegó a casa, de regreso de la de don Serapio, iba con los ojos llenos de lágrimas y oprimiéndose el pecho dolorosamente.

—Hijos, nos dijo sollozando, ese hombre testarudo y cruel, no tiene entrañas; dentro de muy pocos días nos dejará en la calle y antes que eso suceda, es mejor que abandonemos este pueblo donde hemos pasado lo mejor de nuestra vida. Nos marcharemos a la capital del Departamento, y Dios que vela por los que sufren, no nos dejará morir de hambre.

A los cuatro días de tomada esta resolución, abandonamos nuestras exiguas propiedades en manos de la *justicia* para que fueran a engrosar las del *filántropo* don Serapio, electo ese año Diputado al Congreso Legislativo, en cuyo seno, según se dijo después, fue uno de los que abogaron porque se diera la ley *moralizadora* de prisión por deudas.

III

Nunca la desgracia se cernió con tanta saña sobre una familia como lo hizo con la mía. Pasando mil dificultades, vivíamos día y noche para ganarnos la vida.

Gracias a las pocas relaciones que teníamos, se pudo colocar mi hermano Andrés en la oficina del telégrafo, en calidad de mensajero, ganando diez pesos al mes. ¡Pobre hermano mío, bien considero que eras digno de mejor suerte!

A mí, pudieron conseguirme la dirección de la escuela de un barrio de la ciudad, cuya dotación consistía en veinte pesos al mes, que nunca recibía justos, pues siempre vendía el recibo al administrador de rentas por la mitad de su

valor; allí pasaba el día entregada a las tareas de la enseñanza que, aunque no me eran penosas, no por eso hacían más desahogada nuestra existencia.

Fue el año de 1876. En ese tristísimo tiempo y para que rebosara el cáliz de nuestros sufrimientos, estalló la guerra que Guatemala lanzó contra nuestra amada Patria, por cuyo motivo se cerraron los establecimientos de enseñanza.

Una tarde—nos dijo Andrés a mi madre y a mí, con afán desesperado—yo me marchó, a ver si en medio de las balas encuentro la vida o la muerte, pues esta situación me está matando física y moralmente.

En vano fueron las lágrimas de mi madre y las súplicas mías para que desistiera de su intento.

Al siguiente día marchó en calidad de soldado raso, en las filas que ormaban la «División de Oriente».

No volvimos a saber de él hasta que, después de la batalla de Pasaquina, nos llegó la infausta noticia de que había caído inerme, atravesado por una bala enemiga, aumentando así, de manera lastimosa, el número de héroes infelices e ignorados.

Tan continuados y rudos golpes, dieron por resultado el quebranto de la salud de mi pobre madre, y lejos de recuperar las fuerzas perdidas, cada día languidecía más.

En un tétrico día que amaneció sin sol, lleno de brumas y. sin un mísero centavo para nuestros alimentos, me llamó a la cabecera de su lecho y me dijo:

—Hija de mi alma, hoy o mañana tengo que abandonar este mundo de miserias y penas y dejarte sola; sé buena, que tu norma de vida sea la virtud, y Dios guiará tus pasos por el sendero del deber. Yo quisiera, continuó—pero esto es imposible—que mis restos reposaran junto a los de tu padre; pero como ves, Dios quiere que

descansen lejos del compañero de mi vida y debemos conformarnos.

—Madre, exclamé desesperada, no hable usted de morir. ¿Qué será de mí, sola en el mundo, si usted me abandona?

—Sé buena —me repitió con voz desfallecida— que Dios guiará tus pasos por el camino de la virtud.

Harto patente estaba para mí que la vida de mi madre se extinguía cada día más y por eso, queriendo darle gusto en los pocos que le restaban de vida material, vendí un par de argollas de oro y un vestido que me había regalado mi madre en premio de los buenos exámenes que rendí el último año de mis estudios, reuniendo una pequeña suma con la cual pude conducirla a nuestro pueblo querido, con el objeto, le dije, de que al respirar los aires natales, recuperaría la salud perdida.

Dejé al frente de la escuela, pues ya éstas se habían vuelto a abrir, a una compañera de colegio, y emprendimos el camino directo al suelo que me vió nacer.

A los pocos días de nuestra llegada mi madre se gravó, siendo en vano mis esfuerzos y los de las personas caritativas que nos rodeaban para volverla a la vida, y en el último celaje de una moribunda tarde, voló envuelto el espíritu de mi amada madre al seno del Eterno.

Por una terrible coincidencia, en la noche del día en que fué sepultada mi madre, cundió la noticia en todo el pueblo de que los inmensos cañales de don Serapio, habían sido consumidos totalmente por las llamas, convirtiéndose también en cenizas los ingenios en que elaboraba el mascarado, causando tal desastre, la ruina completa del viejo usurero y sin que se supiera de dónde ni cómo había procedido el fuego.

Casualidad — dijeron unos.

La Providencia Divina—dije yo— que así castiga a sus malos hijos!

Concluídos los preceptos que nuestra Religión ordena para con los difuntos, y después de haber derramado abundantes y acerbos lágrimas sobre el sepulcro de mis adorados padres, volví a hacerme cargo de la dirección de la escuela donde me encuentro sonriendo a mis discípulas pero con el alma hecha girones».

Lo anterior pone de manifiesto ciertas injusticias que se cometen en la vida, al amparo muchas veces de la misma justicia, pero que ante Dios no quedan sin castigo.

¡Y pensar que don Serapio Canjura había sido Diputado!

ADRIÁN M. ARÉVALO.

San Salvador. — 1915.

A DOÑA MERCEDES RAMIREZ V. DE MELENDEZ

Feliz el alma que inspirada vive de Caridad en el santuario hermoso y que el aplauso general recibe de todo ser amante y cariñoso...

El cielo se abrirá esplendoroso para que pase a la mansión eterna el alma que en la vida se consterna del que va por el mundo sin reposo...

Y yo que ser no puedo indiferente ante el que lleva la virtud por guía con respeto ante tí doblo la frente...

¡Qué viva, siempre así, pura y latente la Caridad en tu alma entronizada para alivio del mísero indigente!..

RAFAEL GARCÍA ESCOBAR.

A Carlos Meléndez

PARA SALVADOR TURCIOS R. Y ALBERTO V. MONTIEL

(Especial para el "Ateneo de El Salvador").

No con la voz vibrante de la trompa guerrera,
No con verbo incendiario me llego a tí, Señor,
A tí que eres hidalgo como lo fue el Manchego,
A tí que tienes mucho del gran Libertador.

Así no llego, no!

Mi palabra a tí sube entre inciensos de gloria
A coronar de flores tu pensativa frente,
Porque tu gesto altivo, símbolo es de victoria,
Porque tu pecho es llama de patriotismo ardiente.
Allí en tu *Manifiesto* revoloteando están
Las alas de los cóndores que cria Cuscatlán.

Bien! Se, pues, el "centinela" de nuestros destinos;
Eres como Bayardo, eres como Catón,
Eres un unionista de vuelos aquilinos;
No miras "al peligro" cómo lo hiciera un león.
Centro-América espera que serás su baluarte;
Te alienta el patriotismo, te escuda El Salvador,
Que es como si escudara tu vida el mismo Marte;
Cuando te ve detiene su marcha el Invasor.

Mas tente firme, vela,
Que la hora está cercana;
Las águilas te acechan, centinela;
Pueda ser que mañana. . . .

¿No ves sobre la testa del alto Cosigüina
Flotar una bandera que no es la nacional?
Alerta! centinela, quizás Dios te destina
Para salvar al Istmo del derrumbe final.

El Salvador es pueblo de sublime arrogancia;
Es un hijo de España, es hermano del Cid,
Es Sagunto ante Roma, Zaragoza ante Francia:
Cuscatlán así muere con honor en la lid.
Un pueblo de sus grandes y nobles energías,
Un pueblo que trabaja y es brioso como él,
Un pueblo que ha nacido con tantas bizarrías,
Un pueblo que ha volcado sangrientas tiranías,
Que a los magnos ideales de Morazán es fiel,
Un pueblo así, no puede soportar ningún yugo;
Es el Padre Delgado; trueno cual Victor Hugo,
I ardiendo en amor patrio su indignación estalla;
¡Ay! pobre del que encuentre su corcel de batalla.

*

Aquí en mi tierra se oyen extranjeros clarines,
I caballos sajones lucen sus rubias crines.
Centro-América toda contempla hecho pedazos
De Nicarao el cetro e inermes nuestros brazos.

*

Tente firme, centinela,
Requiere tus armas, vela.



¡Oh! buen Carlos Meléndez, quiera la Providencia
Seas tú el que detenga la invasora *avalancha*,

Que sin miedo a vestiglos tu ilustre Presidencia,
Montes el Rocinante famoso de la Mancha;
I con tu escudo al brazo de sangre indo-española,
Se Atlacatl, se Lempira, se el bravo Cuscatlán,
Se el peñón do se estrellen las fuerzas de la ola,
La encina que no pueda tronchar el huracán.

Mas la hora está cercana,
¡Alerta!, centinela;
Las águilas tal vez lleguen mañana....
Pero Dios por tí vela.

CIMÓN BARRETO.
(Socio Correspondiente)

Nicaragua. — Estelí— VIII — 4 — 1915.

Cánon de vida

Trabajo material, trabajo intelectual, vibración del sentimiento o del cerebro, movimiento de la voluntad, todo lo que signifique actividad del hombre en la vasta obra de la humanidad que se perfecciona y redime lentamente al través de los siglos, todo es sagrado por insignificante que parezca, en cuanto contribuya al engrandecimiento e intensidad de la vida.

No es solamente la labor del genio la obra ponderable, no solamente la de los arquitectos máximos que dirigen la construcción del grandioso edificio humano; mas también la del ignorado obrero que lleva su pequeño bloque, su diminuto grano de arena, una chispa de su intelectualidad, un gesto de su carácter, un latido de su corazón.

Si de verdad eres hombre, trabaja; si eres parte integrante de la comunidad social, mueve tus energías en el enjambre que susurra en torno a la colmena de la vida. Trabaja con la abnegación de los supremos amores: sin esperanza de que nadie aprecie tu labor; más bien con la arraigada convicción de que serás vituperado en los vanos conciliábulos de los que nada hacen, y que la miopía de los envidiosos verá la sordidez del cobre

donde tú creíste poner el oro de tu alma. Pero no importa: entrégate a la vida, como a una mujer amada, aunque la vida te sorba la sangre de tus venas y después te traicione y te hiera a mansalva.

Si logras imponer tu obra a la corriente de los años, si puedes aureolar tus hechos con el sublime resplandor de las heroicidades, para tí mi admiración y mi rendida pleitesía. Pero yo hablo ahora de los seres anónimos, cuyos hechos ignorados se pierden en la indiferencia de las sociales muchedumbres: cada acto de éstos que ningu no conoce es la molécula que unida a otras mil forma las grandes montañas, el rumor imperceptible de la ola que unido a otros innúmeros rumores produce el ronco grito del océano.

Tú que trabajas, quien quiera que seas, en la construcción del vasto edificio de la humanidad; tú que prestas tu ignorado servicio, tu parvo contingente al engrandecimiento de la vida, equilibrate de antemano con un fuerte lastre de realismo: más bien, acorázate con la idea del deber, y sé soñador, pero no iluso. No creas que tu aporte es necesario o indispensable en absoluto; no creas que la sociedad en que vives no podrá vivir sin tí;

que si tú no hablas, todos enmudecerán y buscarán a tientas el camino: la humanidad proseguirá su marcha imperturbable sin curarse de que existes, mientras la vida te arrollará por completo en las urgencias de sus horas.

Por eso tu obra debe ser, ante todo, individual, y que vaya así, como una nota solitaria, a confundirse en la armonía del conjunto. Y no importa que el eco de tu paso por el mundo se pierda en el

vacío. En último término, acaso un solo latido de tu corazón perdurará en el tiempo y despertará en otros corazones ignorados un sentimiento de amor a la humanidad, que contribuya a la incesante exaltación de la vida.

SARBELIO NAVARRETE.

(Socio Correspondiente)

San Vicente. — 1915.

La Novela

Admitido está el poderoso influjo de la novela; la observación lo demuestra. La elocuencia de su poesía, lo vario y sorprendente de los pasajes novelescos, la desgracia o felicidad de los personajes, el interés creciente, palpitante del protagonista o protagonistas, el complicado enredo de los acontecimientos, esa *syndéresis* de los asuntos armoniosos, esa psicología tan aplicada, esas mil peripecias, en fin, que mueven a reír, llorar, suspirar, gesticular, desesperarse, acongojarse, revolucionando patéticamente el espíritu, son otras tantas fuerzas psicológicas que gobiernan el alma. Señorita bien educada, de sentimiento exquisito; joven de alma incorrupta, caballero moral; dama noble, cada de uno de ellos es un testigo irrecusable. Admitido esto, como no puede menos que admitirse, nace una primordialidad de la novela: la moral. Si el libro novelesco no lleva por estandarte esta intención, sus efectos son desastrosos, lamentables. ¿Conoceis los efectos de la elocuencia falsa de los sacerdotes? Ahí teneis a esas benditas beatas. Los efectos de las novelas inmorales son semejantes y tal vez superiores, hay, sin embargo, diferencia entre una y otra ense-

ñanza: la una es directa e indirecta la otra; diferencia de forma. Esto, sin duda, fue la preocupación, la intención de las primeras novelas junto al divertimento y solaz del ánimo. A este orden pertenecen los primeros esbozos novelescos, basados en cuentos fantásticos, pero de alta ficción que griegos, árabes, persas e indios, cantaban, recitaban por calles y hogares; autores de ellos fueron Aristides, Nicea, Patrás, Pilpay, Apuleyo; etc, etc. Despues, las formas más novelescas: El Télemaco, Los Viajes de Anacarsis, Clara Harlow, Paemela, etc, etc, Estilos sencillos, fluidos; intención moral, gusto dulcísimo, eran el alma de ellas.

La novedad, lo misterioso, lo fabuloso, ofrecidos en los mágicos colores de la poesía, exaltan soberanamente el alma. Llevarles áspides ocultos entre flores, es un crimen mental. Leer una novela mala y despues leer una novela moral, la diferencia es enorme, los efectos diametralmente opuestos. En la primera, el ánimo del lector siente un enfurruñamiento, una especie de cólera. En la segunda, lo contrario; es mismo ánimo, siente una suavidad de sedas, un ensimismamiento deleitoso, unas ganas de salir a hacer ob-

ras morales, unas ganas de besar a todo el mundo, un deseo infinito de amar la vida, unas ansias grandes de saludar al porvenir . . . Gran diferencia. La novela mala hay que echarla al olvido. La novela moral hay que guardarle bajo de llave, religiosamente, porque es compañera de la Virtud, la Virtud, se entiende, es la virgen, ya se sabe el lugar que tiene esta adorable imagen.

Por todo lo expuesto, los autores que escriben libros para enzalzar el crimen: que niegan el bien en cierto modo: que dudan de la virtud humana: que increpan las leyes que castigan: que martirizan despiadadamente a la mujer-encanto de este mundo de hombres-que la desamparan: que destrozan su misión, esos no debían de escribir, si escriben-porque hay libertad de ideas-debe llamárseles a juicio, ante un jurado nada menos que a un criminal, porque son más criminales que los ordinarios: hieren a la pobre humanidad por lo más tierno: el corazón.

Un novelista grosero, irrespetuoso, es un verdadero bárbaro; debe de irse a las selvas.

La novela, como el teatro, es enseñanza abierta a las humanas mentalidades; libro que lo mismo hace nacer creencias que ideas, como aniquila esas creencias e ideas. Lo pri-

mero es una procreación, un amantamiento sublime. Lo segundo es una destrucción, un crimen, malo. Fomentar lo primero, es un deber, en la proporción que se destruye lo segundo. He ahí dos misiones planteadas.

Un literato inmoral, es verdugo del público lector, un constante embustero para la cultura mental, moral y social. El veneno que se bebe en las novelas malas, llega a los tuétanos, por las razones apuntadas. A los tuétanos debe llegar sabia, no virus.

El amor, tema comun de las novelas, es miel envuelta en la cual se sorben ricamente las linduras o extravagancias del autor; de las dos hay que sorber las primeras. Precisa que el autor, repetimos, sea moral.

Llevar gérmenes sanos al seno de las sociedades, es la misión de la novela, ya sea histórica, dramática, erótica, de costumbres o psicológica.

Ser útil a la sociedad, llevando sanos modelos al alma del lector, debe ser la divisa de los que enseñan deleitando. Así el escritor estará en armonía con las creencias autorizadas del mundo ideológico y con la constitución misma del mundo físico.

JUAN J. FERNÁNDEZ

HOMENAJE A DOÑA MERCEDES R. DE MELENDEZ

Urna preciosa de celestes dones,
de caridad inextinguible pira;
refugio de dolientes corazones
es tu alma noble que en el bien se inspira.

Bálsamo eres del dolor humano;
tu nombre se pronuncia con cariño;
te bendice en sus preces el anciano
y te sonríe el inocente niño.

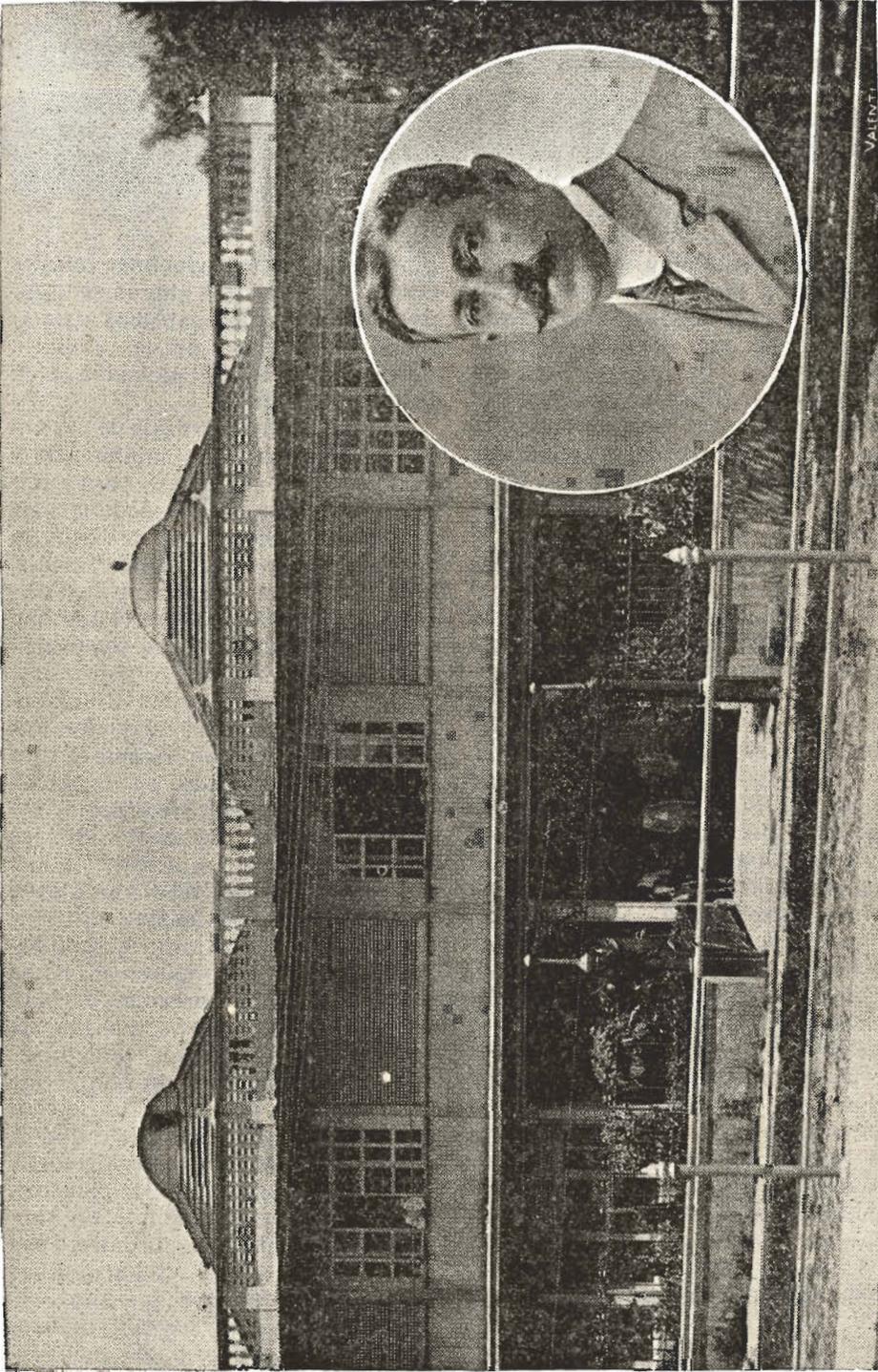
Tu voz lleva a las almas el consuelo,
tu mano enjuga del dolor el llanto,
y eres radiante aparición del cielo
donde reinan las sombras del quebranto.

Bien haya el corazón que a los clamores
responde del pesar, y lo suaviza,
y hace brotar en el desierto, flores,
que la piedad cristiana fecundiza.

Tal es tu corazón que en viva llama
de inmensa fe dichoso se consume,
y dulcemente caridad derrama
como la flor derrama su perfume.

J. DANIEL FERNANDEZ.

Agosto, 9 de 1915



La Imprenta Nacional en donde se edita la Revista del "Ateneo de El Salvador", y don Carlos Párraga el actual Director de dicho establecimiento nacional.
San Salvador.

Hombres de Honduras

I

DOCTOR DON ROMULO E. DURON

A este distinguido ciudadano los hondureños no le han hecho debida justicia. En el extranjero se le considera como uno de los ingenios más brillantes de nuestro país. Pero nosotros sólo reconocemos el valor real de las personas de talento cuando han desaparecido de entre los vivos. Cuando ya no existen nos deshacemos en lágrimas, lamentando la gran pérdida que la Nación ha experimentado en mala hora. Entonces reconocemos en el extinto altas virtudes, patriotismo excelso, inteligencia clarividente, corazón radiante de bondad y de grandeza. Pero mientras vive, tomando parte en nuestras luchas, mezclándose en nuestros devaneos políticos, poniendo su cerebro al servicio de la Patria, sólo vemos al hombre que nos hace la competencia, al rival que puede obscurecernos, al luchador que triunfa y nos abruma con la superioridad de su esfuerzo. Y le denigramos, y le repelemos, y le torturamos, o le hacemos el vacío, le abatimos con calculada indiferencia, por más que su obra nos deslumbrase, por más que su nombre resuene con sonoridades de gloria y de victoria. Conjurados contra toda personalidad de valía, con estudiada frialdad o con envidiosa reprobación, nos complacemos viéndola aislada, arrinconada, olvidada, sin que una voz de gratitud llegue a sus oídos, sin que una frase de alabanza le impulse y le estimule, sin que un aplauso entusiasta pueda revelarles que realiza obra de bien para sus compatriotas. Porque somos demasiado dignos para elogiar al humilde obrero del pensamiento,

porque no sabemos inclinar nuestra cerviz orgullosa ante ningún sembrador de luces. Sólo sabemos exaltar a las eminencias de la política, porque eso no es adulación sino justicia y gratitud.

Abramos un paréntesis de luz entre las brumas de la indiferencia y de la envidia reinantes, para decir una palabra de justicia en homenaje a nuestros hombres de espíritu egregio, reconociendo sinceramente, ante el público asombrado, los méritos que ostentan, el laurel que han conquistado en las lides del pensamiento.

Uno de esos gallardos triunfadores es—sin disputa—el doctor Rómulo E. Durón, que durante largos años se ha agitado en la arena como un gladiador irreductible, caballero del ideal, en medio de las borrascas, sereno y altivo.

La obra literaria del doctor Durón es de las más extensas, útiles y perdurables que espíritu alguno haya realizado en Honduras. El no ha blasonado de alto creador de mundos de belleza; no ha querido ser un visionario zurcador de frases sonoras y deliciosas; no ha querido ser un mago del sonido, un tejedor de ensueños, explorador de ritmos, cazador de imágenes, hechicero de la palabra, brujo de la cláusula, para asombrar el mundo con suntuosos monumentos de arte, con prodigios de gamas, con maravillas crepusculares en que los siete colores confundieran sus mil matices sobre un cielo de milagro, estupendo y radioso. Su arte sencillo y magistral, sin pretensiones de altos vuelos, se ha resuelto en obras se-

rias, de utilidad práctica, en las cuales pueden las generaciones venideras encontrar abundante y substanciosa doctrina, ejemplo y consejo y orientación para la vida. El ha recogido piadosamente, amorosamente, el pensamiento de sus compatriotas, para hacerlo perdurable en el libro y en el periódico. El ha escudriñado pacientemente los hechos del pasado, y les ha dado vida en páginas fuertes de sinceridad y de verdad. El ha removido archivos, ha desenterrado secretos, ha violado el mutismo de los siglos muertos, para revelar-nos sus misterios y sus esplendores, sus abismos y sus cúspides.

Su esfuerzo ha sido de los más fecundos en magníficos frutos. Gracias a él los historiadores encontrarán un gran acopio de datos, admirablemente ordenados y dispuestos para contribuir a la formación de la Historia Patria. Esa labor sería suficiente para conquistar un sitio entre los inmortales, si el doctor Durón no tuviera otras ejecutorias brillantes que presentar a la posteridad. Aparte de sus estudios históricos tan copiosos e interesantes, su obra puramente literaria está llamada a ocupar sitio preferente en la historia del desenvolvimiento intelectual de Honduras. Su actuación en política ha sido de las más activas, colocado siempre en el campo más propicio para poner sus luces y su hombría de bien al servicio de los verdaderos intereses del país. Nunca se le ha visto fomentando asonadas, provocando conflictos, impulsando al caudillaje ambicioso, sino, al contrario, en actitud serena y noble, contribuyendo a la armonía de los intereses encontrados, a la conciliación de los hondureños fraccionados por el partidatismo, a la paz y al orden, al bienestar y el progreso de la Nación. Nadie ha de quejarse de haber recibido un mal, de haber sufrido una tortura, de haber sido afrentado o escarnecido por causa del doctor Durón. Nadie ha de maldecirle, y

sí habrá muchos que le bendigan por las generosidades que ha prodigado siempre que la suerte le ha sido propicia para hacer el bien a sus semejantes.

El Foro le debe también gratitud, pues le ha consagrado una labor fecunda de largos años, luciendo siempre un elevado criterio de justicia, una imparcialidad equitativa, extraña a toda doblez, a todo ruín subterfugio. Como Juez y como Magistrado, ha sabido colocarse a una altura digna de la gravedad y delicadeza de sus elevadas funciones. Jamás ha lesionado los derechos de ningún contendiente, jamás se han movido labios maldicientes por una sentencia injusta emanada de sus luces.

Y todavía queda un filón de méritos insignes, que debemos reconocerle antes de terminar estas líneas: queremos referirnos al maestro de la juventud. En la cátedra ha tenido puesto eminente, enseñando varias asignaturas de la Facultad de Jurisprudencia, con la maestría, inteligencia e ilustración sólo propias de un espíritu ampliamente cultivado, nutrido de sabios preceptos y de avanzadas doctrinas. Como Rector de la Universidad Nacional, durante algunos años, ha mantenido el prestigio de nuestra ilustre institución, haciéndola cada vez más respetable y digna de altos merecimientos.

El hombre que tal obra ha realizado es acreedor al respeto y a la gratitud de sus contemporáneos y de las generaciones del porvenir. Impulsados por un sentimiento de justicia hemos escrito estas líneas de homenaje, en prueba de estimación y de afecto hacia un espíritu superior, hacia un incansable obrero del pensamiento, hacia un brioso cruzado de la civilización, que labra su miel como la abeja, humildemente, amorosamente, desinteresadamente, para honra de su Patria y orgullo de su siglo....

JULIÁN LÓPEZ PINEDA.

(Socio Correspondiente)

Tegucigalpa. — Mayo de 1915.

El Hombre de Letras

Sí; el primer don del escritor es el «ojo vidente». Su función no es entretener a la humanidad con una vana garrulería; no es arrullar el oído con el rumor de una sinfonía sin trascendencia, sino aportar al comercio espiritual del mundo, en el artículo o en el libro, el trofeo de una nueva idea, la conquista de una verdad desconocida. No es un diestro juglar que tiene la tarea de engañar al lector con simples escamoteos lingüísticos, como ha sucedido muchas veces, sino un hombre cuya misión es vivir en un eterno connubio con la vieja Esfinge, desposado con el enigma, para ser dueño de oráculos, señor de revelaciones.

Así, el mérito del hombre de letras está en razón de las revelaciones que hace a los hombres para quienes escribe. Los gigantes de la literatura, ya tallen la prosa o cincelen el verso, son y han sido siempre los que han hecho las

más estupendas profecías. El escritor más heroico no es el de más pintoresco estilo; es el que ofrece más ideas, el de verdades más peregrinas, el que descubre mayor suma de esa realidad que sólo escrutan unos pocos, los que llevan videncia en las pupilas y en el espíritu, el sagrado don profético de los grandes hombres.

Hombre de letras no es, pues, lo que se cree: un pescador de consonantes, un alígero zurcidor de renglones; hombre de letras es un héroe, que no merece el desdén con que lo tratais, sino la reverencia a que tienen derecho todos los héroes, porque ellos muestran el Destino, dan la nube conductora, son algo así como la fuerza, la gracia y la luz del mundo.

SALATIEL ROSALES.
(Socio Correspondiente)

1915.

Tu Misa

Era mi vida como un rosal marchito, ajado por todos los vientos de la adversidad.

Sobre sus ramas tristes no tejían su nido sino pájaros alevés, inmigrantes de extraños climas, de regiones ignotas para verter en su joven corazón, venenos letales, elixires morbosos exprimidos de las viñas malditas del Odio y del Dolor.

Las flores de esperanza y de ilusión que alimentan la vida en la pristina juventud, habían consumido todo su perfume divino y sobre los soportes marmóreos de los jarrones etruscos, caían muriéndose

de frío los últimos pétalos adolescentes, como las notas postreras de los salmos en las suntuosas consagraciones panteístas.

Mas un día, día eterno en las exfoliaciones de mis recuerdos, llegué, peregrino de ensueño, a tus alcázares de fabulosa Reina de Oriente y me postré a tus plantas como César ante los pies sacramentales de Cleopatra.

Te hablé entonces de mis profundos duelos, de mis acerbas penas, del hielo de mis noches interiores, sin lumbre y sin consuelo. Tú volcaste de tus cálices piadosos los suaves ungüentos que cu-

raron mis heridas. Luego me hablaste de perfumes muy sutiles, de cuentos fabulosos, de músicas extrañas al compás de cuyos sonos danzaban espíritus divinos. Con el ritmo de tu palabra melodiosa dejaste vibrando en mis oídos una exótica romanza; y con el brillo de tus ojos gemelos infiltraste blanca luz en mi conciencia.

Fuiste en mi alma solitaria como una radiosa epifanía, en una noche polar y negra.

Desde entonces aprendí a amar la

vida, a tener fe en lo que es noble y es sincero, a seguir tras la esperanza que aletea en los vitrales de los íntimos sagrarios. Desde entonces oficias en el rojo santuario de mi alma y dices tu misa en las mañanas tornasoles lavadas por la luna y fragantes como un búcaro de esencias misteriosas.

VIDAL MEJÍA.
(Socio Correspondiente)

Tegucigalpa. — Agosto de 1915.

Dos Aforismos

A PROPOSITO DE LA TEOLOGIA NATURAL

(Expresamente para el "Ateneo de El Salvador").

Tenemos al frente el doble y abstruso tema. ¿Quién no ha discurrido alguna vez sobre las nobles cualidades del espíritu y acerca del freno impuesto al irremediable sensualismo de todos los siglos? ¿Quién no ha experimentado ese torcedor secreto que se llama DUDA?

La necesidad de vivir en armonía fraternal, ha creado la moral que regula nuestras acciones como seres sociables, si perfectibles, veleidosos; mientras que la religión fortifica el misterioso lazo que ata a la criatura a su Creador. Esto nos induce a formular los dos aforismos que siguen: "*No hay moral sin religión*" "*No hay creencia sin Dios*". Pero para que estos aforismos tengan toda la fuerza de su propia significación, hay que formular un tercer axioma en estos términos: "*Sin integridad no hay moral ni religión*".

Llámesese a la moral como se quiera,—probidad, altruismo, perfección, e invóquese al Ser Supremo con los múltiples atributos que la Etología y la Teología han puesto al

alcance del entendimiento humano siempre quedará en pie el dilema de la felicidad eterna por amor a nuestros semejantes, o el castigo perdurable por la transgresión de las leyes naturales, sociales y divinas. No hay término medio ante la Eterna Justicia. Así, para que un grupo de humanidad pueda llamarse moralizado (la ideogenia de la palabra civilización es hoy por hoy un contrasentido) han de reinar en él la libertad dentro de la ley y la autoridad dentro de la justicia; y la libertad y la justicia asistidas de aquel dualismo etiológico emanado de la teología natural.

La Sociología, profundizando en los fenómenos de la evolución humana, deja al margen los prejuicios que no puede controlar la razón pura; y el código político de los pueblos más avanzados ha circunscrito el cánón de la inteligencia al cumplimiento del deber y al ejercicio del derecho. Toda la doctrina especulativa de las múltiples escuelas filosóficas que a través de las edades se han disputado y con-

tinúan disputándose el dominio del hombre, está condensada en esos sublimes atributos del raciocinio, en esos dos términos que compendian la vida del mundo, el proceso completo de la Historia Universal. La Civilización, tal como la dan a entender los pueblos empeñados en destruirse recíprocamente, ha venido a ser la exteriorización de un sacrificio colectivo, impuesto por la religión natural del trabajo y por la fuerza de la necesidad y la competencia; o en otros términos: el instinto de conservación rebelándose contra la ciencia convencional adquirida y divulgada como dogma de fe y crecimiento. El límite a las ambiciones desapoderadas; la pena al delincuente, el premio a la virtud y la abnegación, resumen el derecho y el deber dimanados de la inteligencia y la voluntad.

El hombre, pues, tiene el derecho de vivir dentro de la libertad y la razón; así como la humanidad tiene el suyo y además el deber de existir por sobre las leyes y religiones convencionales que no se conformen con la teología natural. De ahí que, cuando el individuo defrauda la moral por mala fe o inopia, hijas de un medio corrompido y capitoso, la Ley lo atrae al buen camino, y si persiste en el mal, la sociedad lo rechaza, lo estigmatiza persiguiéndolo hasta más allá de la tumba. Y al contrario: si el derecho camina paralelo con el deber, si en parte siquiera se realiza el ideal de la justicia y la libertad, bases de la fraternidad, los hombres y los pueblos evolucionan en pro de la paz, la justicia y la posible felicidad. En suma: el deber es individual o colectivo y ético; mientras que el derecho es necesario, imprescriptible y universal. *Lex est quo notamus.*

“*No hay moral sin integridad*”. Este aforismo de nuestra cosecha es evidente, porque toda acción buena emana de la conciencia, reflejo de la divinidad en el ego íntimo.

“*No hay religión sin integridad*”. Es de suponerse que si la probidad es tan necesaria para los asuntos temporales, debe ser indispensable en las cuestiones de creencias, que se dirigen a la vida futura, la cual en buena lógica no es otra que el veredicto de la sociedad pura sobreviviente.

Aparte de esto, la teología natural, o sea la intuición de las eternas verdades congénitas en la razón humana, nos induce a pensar en un Poder Omnipotente, Inmutable, patente en las maravillas del mundo cósmico, pero más todavía en el interior de nuestro espíritu; en ese santo temor de lo ignoto e insondable, que no tiene principio ni fin; Supremo regulador de la estática celeste y de la economía de los mundos; a ese Todo simple y complejo a la vez, resplandeciente y sin embargo impenetrable e infinito; a ese Ser al cual convergen los rayos de la razón humana llama Dios la Teología Natural. Todos los pueblos antiguos y modernos se han reconocido vasallos de esa Fuerza Todopoderosa, de esa Inmensidad ilimitada, Fuente de toda vida y movimiento, Manantial inagotable de Bondad y Sabiduría. Pero el hombre que se elevó sobre el rasero del vulgo, en su necio orgullo y conforme a su egoísmo, pretende ser intérprete de Dios y erigirse en árbitro del mundo, por el solo hábito con que reviste su petulancia y necedad, y con el pretexto de revelación y fe muy distantes de la moralidad y religión, ha mixturado con sangre las fuentes de la verdad y creado una sabiduría suigéneris dirigida al dominio del débil de espíritu por ignaro, y al imperio temporal por el mejor conocimiento de las verdades científicas que encierra el mundo físico y moral. Esto sucedió durante la Edad Media, por ejemplo, cuando el Arte y la Ciencia se hallaban refugiados en los conventos y en los templos del neopaganismo. Contundente como lo

es esta aseveración, cabe formular aquí el consejo sugerido y que, aplicado universalmente, destruiría las audacias de los dogmas reñidos con el derecho natural y la alta cultura del espíritu. Que la moral del pueblo se ajuste a la práctica de sus deberes domésticos y sociales y al ejercicio cabal de sus derechos políticos, que su religión

higiénico, y en plena salud física e intelectual, despliegue las alas de su teología natural, para ser buen creyente y buen ciudadano. Las otras prácticas de las diferentes sectas de hoy, no pasarán de ser un deporte espiritual, un oficio especulativo como cualquier otro, para dar pábulo a la duda y tal vez a la hipocresía, compañeras inseparables



Al rededores de San Salvador. — Camino de Aculhuaca a Cuscatancingo

no traspase el culto racional de su inteligencia y se empeñe por el contrario en llegar al conocimiento y dominio de su miserable naturaleza biológica, para que mejore su medio

de los deicidas y de los fanáticos por débiles de entendimiento.

CARLOS URRUTIA F.

San Salvador. — Agosto de 1915.



BIBLIOGRAFÍA



Nuevos libros

El vibrante escritor cubano don Manuel Márquez Sterling, dará en breve a la publicidad un interesante libro acerca de los trágicos acontecimientos mexicanos que culminaron con la muerte de los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, en febrero de 1913. Parte de esa obra histórica la hemos leído en

la notable revista habanera LA AURORA SOCIAL. Márquez Sterling es socio correspondiente del ATENE0 DE EL SALVADOR. Le auguramos un nuevo triunfo literario y científico.

* También nuestro apreciado amigo el Dr. Max Henríquez Ureña, Director del Ateneo de Santiago de Cuba y uno de los redactores de la sesuda revista CUBA CONTEMPORÁNEA, de la Habana, publicará

próximamente los siguientes libros: TRES POETAS DE LA MÚSICA, que contendrá sus conferencias acerca de Chopin, Schumann y Grieg; PÁGINAS CUBANAS, que será una selección de sus trabajos relativos a los grandes intelectuales José Martí, Enrique José Varona, Jesús Castellanos, Diego Vicente Tejera y otros. El producto de este último libro lo destinará su autor a la suscripción iniciada por CUBA CONTEMPORÁNEA para la erección de una estatua del ilustre escritor cubano José Antonio Saco; y una Biografía crítica del apóstol José Martí.

Ojalá podamos leer esas obras.

Un libro notable

La Casa Maucci ha puesto a la venta por el ínfimo precio de *una peseta* el libro de M. Deshumbert, intitulado *Moral Universal, fundada en las leyes de la Naturaleza*, traducida y aumentada con un extenso, magistral prólogo, por don Miguel Morayta.

M. Deshumbert ha conseguido que alrededor de su obra se hayan constituido, para divulgarla, asociaciones en Alemania, Bélgica, Brasil, Estados Unidos, Holanda, Francia, India, Italia, Japón, Madagascar, Portugal, Rumania, Suiza, Túnez y España; y que sea traducida al inglés, al portugués, al rumano, al holandés, al japonés, y que sólo en Francia se hayan hecho ya tres ediciones.

Giner de los Ríos educador

Giner de los Ríos, el maestro de maestros, el gran educador, el pedagogo insigne que ejerció en España el principado de la dirección espiritual moderna, ha inspirado un libro de sinceridad y de emoción, de observación y de noticias, cuyas páginas se escribieron en los días de dolor que siguieron a la muerte de aquel gran prestigio.

El autor de este libro es D. Rafael Altamira, y es un homenaje a la memoria de su maestro.

La edición, primorosa y exquisita, honra a la casa PROMETEO, de Valencia, España. Va ilustrada con numerosos retratos, autógrafos, vistas y fotografías impresas aparte en papel couché sobre un fondo. Eleva una hermosa cubierta en colores, y adornan los capítulos cabecezas y finales de muy buen gusto. Un libro que lo reúne todo en recuerdo del gran maestro.

Panorama

Entre los muchos diarios que recibe como canjes la Biblioteca de este Ateneo, merece especial mención el titulado PANORAMA, que se edita en Maracaibo, Estados Unidos de Venezuela. Constituye esta importante publicación, tanto por su nítida impresión, el formato, como por la magnífica selección del material de lectura, un hermoso exponente del progreso periodístico en la patria de don Andrés Bello.

Paisajes Sentimentales

El joven poeta uruguayo, don Alfredo E. Martínez, nos ha enviado su precioso libro intitulado «Paisajes Sentimentales». En el movimiento literario del Uruguay, la personalidad intelectual de Martínez, no es desconocida, antes bien es una de las jóvenes mentalidades que trabajan noblemente en el glorioso apostolado de la ciencia y de la literatura. Le quedamos muy reconocidos por el obsequio de su interesante obra poética.

Obsequio personal

El Director de esta Revista ha recibido como obsequio personal de sus autores, con honrosas dedicatorias que agradece sinceramente, las siguientes obras: «Anforas», de Max. Henríquez Ureña; «Horas de mi vida», de Dulce María Borrero de Luján; «Pasando la vida», de Marco Antonio Dolz; «Flores del Trópico», de Miguel Ángel Macau; y «Flores de Otoño», «Estrellas Errantes», de Melitón I. Linois y Julio Garet Mas. Para ellos son nuestros agradecimientos por esas muestras de confraternidad literaria.

Bronce Latino

Hemos leído el bello libro de arte que, con el nombre que antecede, ha dada a la publicidad el conocido musador colombiano J. B. Jaramillo Meza, y el cual fue editado por la casa editorial *Studium* de la Habana, Cuba. Consta de cien brillantes sonetos.

Muchos y merecidos juicios de la prensa imparcial y autorizada, ha alcanzado la hermosa obra de Jaramillo Meza. De las varias opiniones que acerca de ella hemos leído, reproducimos, con todo gusto, la siguiente, del distinguido poeta mexicano Luis Rosado Vega, quien reside actualmente en la Habana: «Mi querido poeta: He recibido su libro de versos, «BRONCE LATINO», y no quise escribirle hasta leerlo despacio, saboreando los néctares que encierra. Bien se ve que es Ud. un alma en primavera, que el Amor y la Gloria son las Bien Amadas, que acariciando su frente, besando sus labios, reclinándose sobre su corazón, conducen a Ud. por el camino de la vida, para Ud. todo lleno de rosales, de pájaros y de fuentes. Amigo mío, tiene Ud. versos preciosos en los que al par de la factura nueva y genial, hay un gran sentimiento, mucho color y mucha poesía . . . mucha etc. etc».

Nosotros enviamos un efusivo aplauso al genial poeta de la patria de Guillermo Valencia.

La Guerra Europea (1914-1915), por el Teniente Coronel de Estado Mayor D. Gonzalo Calvo y D. José Brissa.

Ha circulado el TOMO I del libro que con el título de LA GUERRA EUROPEA ha publicado en Barcelona la conocida y acre-

ditada casa editorial MAUCCI. A la primera impresión nos pareció que se trataría únicamente de añadir un libro más a la serie ya numerosa y que en el porvenir será incontable, de los escritos que a esta más que extraordinaria guerra ha de servir de tema.

Este primer volumen se ocupa de las causas de la guerra y marcha de los sucesos, desde que el asesinato del heredero del trono austriaco y de su esposa en las calles del Sarajevo, hizo que estallara la mina que en el centro de Europa se cargaba hacia tantos años, hasta las primeras operaciones que dieron por resultado el avance inicial de los alemanes en Bélgica y a través del Luxemburgo. Ningún detalle ha escapado a los autores, y difícil parece haber reunido tan gran número de datos, opiniones y documentos como con certera hilación se presentan al lector, formando un conjunto que no deja en su espíritu vacío ninguno para formarse una idea completa de los acontecimientos, así como de sus causas.

No hemos de olvidar tampoco que es la primera obra que conocemos sobre LA GUERRA EUROPEA, que se entregue al público de modo completo, tanto por abarcar todos los aspectos del suceso, como desde el punto de vista material de formar volúmenes terminados.

Forma este libro un hermoso volumen de 600 páginas y se vende en las mejores librerías al precio de 7'50 pesetas, en rústica y 10 pesetas, en tela con planchas de oro.



NOTAS Y APUNTES



Defensas contra los submarinos

Los submarinos y los aeroplanos han revolucionado, por completo, la guerra naval. Ninguna flota puede sustraerse a la explosión de las aeronaves, ni deja de tener el ataque de los submarinos.

Los diversos procedimientos de defensa empleados contra ese nuevo y temible enemigo del acorazado, están descritos de mano maestra por el ilustrado marino y profesor de la Escuela de Aplicación de San Fernando, don Juan Cervera Valderrama, en el número 82 de la Revista IBÉRICA de Tortosa, España.

Las granadas de mano en las trincheras

Por un curioso retroceso a procedimientos primitivos se emplean en la presente guerra, junto con las armas de fuego de gran alcance y terrible poder efectivo, otras que parecían completamente fuera de uso, a causa de su limitado radio de acción y de sus efectos destructores relativamente pequeños: tales son las granadas de mano que fueron inventadas en la primera mitad del siglo XVI.

Una curiosa descripción profusamente ilustrada de esta clase de explosivos, y los medios de defen-

sa adoptados contra ellos, puede verse en el número 83 de la Revista IBÉRICA,

Una intelectual en el periodismo

Nuestra distinguida amiga, doña Florinda B. González de Chavez, inspirada poetisa y escritora de relevantes méritos, se ha hecho cargo del importante Diario "El Esfuerzo", de Santa Ana, como redactora en jefe. Nuestras sinceras felicitaciones para la estimable cofrade.

Muerte de una poetisa

En la Habana falleció el 8 de julio anterior, la dulce poetisa cubana Nieves Xenos, que desde hace muchos años se dió a conocer en la revista *La Habana Elegante* que dirigió el poeta Enrique Hernández Miyares. Las letras cubanas han perdido a una cantora ilustre.

Reproducciones

Nuestro estimado compañero de labores, Turcios R., Director de esta Revista, agradece sinceramente

la reproducción de sus trabajos literarios, a las siguientes publicaciones: «Mundo Argentino», de Buenos Aires; «El Diario Español», de Montevideo; «Primerose», de Chillán (Chile); «Letras», de Quito; «Sur América», de Bogotá; «La Epoca Literaria», de Cartagena (Colombia); «Pictorial Review», de Nueva York; «La Pluma», de Moa, Valverde (República Dominicana); y «Cultura Hispanoamericana», de Madrid (España).

Congreso Americano de Bibliografía e Historia

Los doctores Nicanor Sarmiento e Ignacio S. Toledo (hijo), Presidente y Secretario, respectivamente, de la Comisión Ejecutiva del Congreso Americano de Bibliografía e Historia, que se reunirá en Buenos Aires y Tucumán (República Argentina), en el mes de julio de 1916, se han servido invitar atentamente al *Ateneo de El Salvador* para que se adhiera a dicho Congreso y nombre oportunamente sus delegados.

Tan importante reunión se hará en homenaje al Centenario de la Jura de la Independencia Argentina.

Las Bases y el Programa contienen altas finalidades en pro de la ciencia y de la solidaridad americana.

El *Ateneo de El Salvador* se ha adherido incondicionalmente a dicho Congreso y nombrará sus delegados para que lo representen en aquella importante reunión.

El autor de la Marsellesa.—Apoteosis del patriota y del artista

El 14 de julio último fueron trasladados a los Inválidos, en París, los restos de Ruoget de Lisle, el autor de La Marsellesa. El Presidente Poincaré, rodeado de todos los miembros del Gabinete, del Presidente del Senado, del de la Cámara, y de los más altos funcionarios del Gobierno, seguía al féretro.

Un destacamento de dragones lo presedia, sirviéndole de escolta.

No hubo ningún aplauso ni manifestación alguna hasta que el desfile llegó al Palacio Grande, donde la banda de música de la Guardia Republicana empezó a tocar La Marsellesa. En ese momento, en un espontáneo arranque de entusiasmo la multitud se puso a gritar: ¡Viva la Francia! ¡Viva el Ejército! Una flotilla de aeroplanos siguió a bajo vuelo el cortejo.

La ceremonia en los Inválidos fué imponentísima. Rodeado del Gabinete y de las más influyentes personalidades de la Nación, el Presidente de la República pronunció un discurso ante los restos del gran patriota.

Gavidia

Ha circulado el número primero de esta importante Revista que acertada y dignamente dirigen en esta capital los jóvenes intelectuales José Luis Barrientos, Carlos Bustamante, Raúl Andino y Vicente Bonilla.

Con verdadero deleite hemos leído sus páginas, en las que poetas y prosistas nacionales y extranjeros, han dejado la ambrosía de sus bellas producciones.

Trae la Revista numerosos fotograbados de personas connotadas, ora por su posición social o por su valer intelectual, entre ellos el del insigne maestro de nuestra juventud, don Francisco Gavidia, cuya efigie ostenta como bandera.

Deseamos larga vida a dicha publicación y le enviamos nuestra cordial enhorabuena.

Las diez máximas de Jefferson

- No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.
- No emplees a otro en lo que tú puedes hacer.
- No gastes tu dinero antes de ganarlo.
- No compres nunca lo que te sea inútil, bajo pretexto de que es barato.
- La vanidad nos cuesta más que el hambre, la sed y el frío.
- No te arrepientas nunca de haber comido poco.
- Nada cansa cuando se hace de buena voluntad.
- ¡Cuántos nos han causado algunos disgustos que nuestra imaginación nos hacía temer y que no han llegado nunca!
- Toma las cosas por el lado bueno.
- Si estás colérico cuenta hasta ciento antes de hablar.

Los mejores ojos

Ojos azules hay bellos,
hay ojos pardos que hechizan
y ojos negros que electrizan,
con sus vívidos destellos.
Pero fijándose en ellos
se encuentra, que, en conclusión,
los mejores ojos son,
por más que todos se alaben,
los que expresar mejor saben,
lo que siente el corazón.

CÉSAR CONTO.

Aceptación de nuevos socios

Los estimables escritores G. Jiménez Herrera y Emilio A. Morel, han contestado aceptando el nombramiento de Socio Correspondiente en la República Dominicana. El *Ateneo de El Salvador* tendrá, pues, en los señores Jiménez Herrera y Morel, a dos nuevos compañeros en la noble cruzada cultural que está llevando a cabo con el beneplácito general.

Las respectivas comunicaciones las insertaremos en la próxima edición de esta Revista.

Espíritu

El hombre es verdaderamente hombre, no por su fuerza material, sino por la fuerza de su espíritu, manifestada en una cualquiera o en todas las potencias de su alma. El hombre es verdaderamente hombre por la fuerza de su corazón, de su cerebro, o de su voluntad. Aquel que, surgiendo del seno de las sociedades, lleve la mayor cantidad de fuerza espiritual a la causa de la humanidad entera, o de la porción de humanidad en medio de la cual le cupo en suerte venir a la vida, ése es el hombre superior, el hombre benemérito, el genio, el héroe.

A esos hombres les perdonamos con la más espontánea indulgencia sus faltas y sus errores; por que esos errores y esas faltas aparecen muy pequeños ante la magnitud intensiva de su espíritu, y porque todos sabemos que las ideas más grandes y más puras se encogen y se contaminan al pasar por el miserable barro humano.

SARBELIO NAVARRETE.